

JUAN MARICHAL LÓPEZ

POR YOLANDA ARENCIBIA SANTANA

Quién es

Juan Marichal (2 de febrero de 1922- 2010) nació, y vivió su infancia y primera juventud, en Santa Cruz de Tenerife, en el marco de una familia laica, de espíritu liberal, con valores parejos a los que proclamaba en esa época la Libre de Enseñanza, que Marichal cultivó durante toda su vida. Allí inició sus estudios de bachillerato, que prosiguió en Madrid, Valencia y Barcelona (1935 a 1937), y que culminó en liceos de París y Casablanca tras el exilio de la familia a Francia en 1938. El periplo vital de la familia Marichal no fue exactamente un exilio (forzado como tal) pero sí un alejamiento voluntario primero, que las circunstancias políticas acabaron mediatizando, especialmente a partir de 1936.

Desde París, y ante la inminente invasión de los alemanes, los Marichal (sus tíos, su hermano Carlos) se trasladaron a Casablanca –la Francia libre- en 1940 y, por fin, y no sin apuros, a México en 1941 en un barco portugués, el Quanza, repleto de republicanos españoles; entre ellos, algunos que serían importantes en su trayectoria personal y profesional como el expresidente de la República Alcalá Zamora o el fisiólogo lanzaroteño Blas Cabrera, de quien confiesa haber recibido un primer consejo sobre su futuro profesional, cuando “iba para” ingeniero de minas: (“¿Qué debo hacer? —Escoja la carrera que más le guste”).

Tras unos primeros momentos difíciles, Juan logró ingresar como profesor en el Instituto Luis Vives (un centro fundado por profesores españoles, y con un ambiente semejante al de la Residencia de Estudiantes de Madrid que él tanto admiraba), y también ingresar en la Universidad Nacional Autónoma de México en cuya Facultad de Filosofía y Letras cursó su licenciatura, que culminó en 1945. Fue importante para su formación superior contar con profesores españoles eminentes, como el “transterrado” José Gaos, el filósofo y pedagogo Joaquín Xirau o el crítico Rafael Altamira. En la Biblioteca de la Universidad mexicana entabló amistad con el excelente bibliógrafo e investigador don Agustín Millares Carlo, cuyo ejemplo contribuyó a determinar su deriva intelectual.

En México pudo convivir con quienes soñaban con la reedición de la segunda República. Fuera de las aulas, la preocupación política habría de dominarlo, como a todos los exiliados. En 1945 vivió directamente la primera reunión de cortes de la “Segunda República Española en el exilio”.

En 1946, Marichal inició su carrera profesional trasladándose a la Universidad de Princeton, en donde ejerció como docente y tutor. Este paso por Princeton fue doblemente importante para nuestro biografiado. En lo profesional, se sintió ligado a don Américo Castro, que había creado allí una importante escuela del Hispanismo tras instalarse en esta Universidad procedente de la de Texas, en la ruta de su exilio personal. En el entorno del gran profesor, Marichal preparó su tesis sobre Benito Jerónimo Feijoo y fue orientándose hacia su línea personal más destacada: la historia intelectual española, desde el siglo XV hasta la actualidad. En el terreno personal, Marichal tuvo ocasión de conocer a las familias de exiliados notables; como Pedro Salinas, con cuya hija Solita Salinas Bonmatí contrajo matrimonio el 8 de junio de 1947, formando una pareja especialmente compenetrada y feliz. Pedro Salinas y Juan Marichal conectaron más allá de lo familiar y se admiraron mutuamente; ambos eran tímidos, de pocas palabras y mucha sustancia. Salinas, que murió en 1951, pudo conocer a los dos hijos de la pareja.



En 1948, Juan Marichal se trasladó a la Universidad de Harvard, en donde trabajó como profesor de Estudios Hispánicos (Catedrático de Literatura e Historia Intelectual de España) hasta su jubilación en 1988. Durante esta etapa, consolidó su carrera profesional de docente y de investigador, sobresalió como conferenciante destacado en diversos países de América Latina y colaboró en las revistas más importantes, de México, Nueva York, Puerto Rico, La Habana, Buenos Aires o París, y en publicaciones españolas desde los años sesenta. La casa de los Marichal en Harvard se convirtió en un refugio de intelectuales y creadores españoles e hispanoamericanos. Juan Marichal y Solita visitaron España en distintas ocasiones. En 1968 visitó Tenerife, y allí a uno de sus grandes y amigos y corresponsales intelectuales, Domingo Pérez Minik.

Tras su jubilación en Harvard, Juan Marichal regresó a España y se instaló en Madrid donde proseguiría su actividad intelectual durante una década de actividad frenética. Nuestras islas, Tenerife y Gran Canaria principalmente, fueron destino frecuente de sus desplazamientos, no solo para reencontrarse con amigos sino para protagonizar y colaborar en actividades culturales de importancia tales como participar, impartiendo la conferencia inaugural, en el IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos de Las Palmas (1990), o coordinar en 1993 un ciclo de conferencias en el Museo Canario, titulado *Canarias y la europeización de España (1876-1936)*.

En esos años de residencia en España, Marichal fue miembro de la Junta Directiva de los Amigos de la Residencia de Estudiantes, Director del Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y Asociado al Instituto Universitario Ortega y Gasset, en donde dio clases en los cursos 1989-1990 y 1990-1991. En esa institución impartió docencia de Doctorado y dirigió una tesis doctoral, *Francisco Ayala, dimensión política*, que presentó en 1994 con gran éxito su autora, la profesora Julia Cela.

Los últimos años de los Marichal en Madrid, ya perturbados por la enfermedad, fueron enriquecedores para quienes tuvieron la suerte de visitarlos y disfrutar de conversaciones y tertulias inolvidables. Entre los canarios: Eligio Hernández, Gregorio Toledo, Juancho de Armas, Fernando Delgado o Juan Cruz. Desde la distancia física, era casi cotidiana la relación con su hijo Carlos Marichal Salinas, que residía en Cuernavaca (Méjico). Allí marchó el matrimonio Marichal-Salinas en 2003. Solita murió en 2007 y Juan en 2010.

En 2011 la Viceconsejería de Cultura del Gobierno canario promovió un sentido homenaje a su persona que cobró forma en *Testimonios de un isleño*, una publicación de textos de carácter histórico, biográfico y literario que hacen referencia a la relación del autor con su Tenerife local.



Juan Marichal fue un intelectual liberal que nunca renunció a los valores morales de aquella Institución Libre de Enseñanza que lo formó. Estuvo marcado por el ansia de saber, de aprender y de transmitir. Era respetuoso, tolerante, sencillo, elegante por fuera y por dentro, bondadoso, algo escéptico y nada ingenuo, orgulloso de su altura intelectual aunque de modestia aparente. Era delgado, enjuto, parecía frágil y se movía con esa torpeza que solemos atribuir a los sabios despistados; pero tenía nervio y energía; y sabía enfadarse cuando ha de defender valores como la integridad, el rigor intelectual, la investigación seria, la exigencia de calidad, el trabajo duro o la búsqueda de la excelencia. Su perfil era algo triste; le gustaba reír, pero no prodigaba la risa. Escuchaba más que hablaba.

Obtuvo el Premio Canarias de Literatura en 1987, el Nacional de Historia de España en 1996 y el Ciudad de Alcalá de las Artes y las Letras en 1999. También la Medalla de Oro de la Universidad Menéndez Pelayo en Tenerife (con Juan Rodríguez Doreste y Pérez Minik). En Estados Unidos fue elegido miembro de la Academia Norteamericana de Artes y Ciencias y asesor especial de la Fundación Guggenheim. Había recibido la encomienda de Isabel la Católica, otorgada por el Rey Juan Carlos de manos del embajador de España en México, y estaba en posesión de la medalla de Oro de Bellas Artes (1989) y la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio (1996).

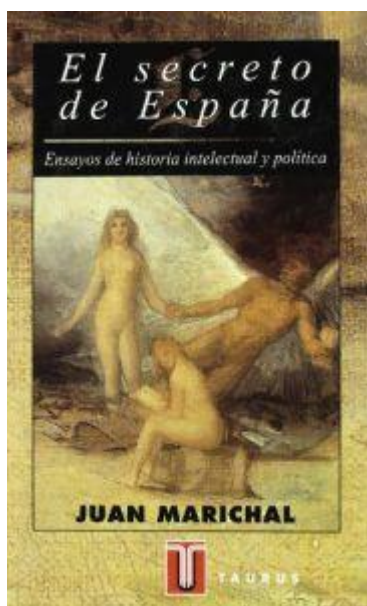
Valor y significación de su obra

La obra de Juan Marichal es muy amplia. Refleja gran pluralidad de intereses y una firme voluntad de ensayista, es decir de escritor “frontero” entre la historia y la literatura, que analiza, interpreta o evalúa un tema con cierta intención didáctica. En efecto, dominó con maestría el formato literario del ensayo, cuya maleabilidad supo aprovechar con especial eficacia comunicativa y literaria; un género —el del ensayo—, ideal para su personalidad profundamente humanista, a la vez comprometida a la vez con el contenido de sus textos y con la forma que los envuelve, y abierta siempre al mundo cultural que lo sostiene. Y en esa modalidad genérica enmarcó Marichal sus muchas reflexiones e investigaciones, sobre historia, crítica literaria, pensamiento o literatura, y sobre figuras o facetas de la vida cultural y política de la España de todos los tiempos: desde el siglo XV a la reciente de los siglos XIX y XX.

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

Son más que interesantes sus ensayos analíticos de escritores españoles muy diversos: Santa Teresa o San Juan de la Cruz, Montaigne, Quevedo, Cadalso, Feijóo, Jovellanos, Salinas, Guillén, Benito Pérez Galdós, Ortega y Gasset o Unamuno; y también de los compañeros transterrados como Américo Castro, José Ferrater Mora o Francisco Ayala. Algunos de ellos se agrupan en su excelente publicación *La voluntad del estilo*, que aparece precedida de un prólogo teórico indispensable sobre lo que sea *el estilo*, un asunto al que Marichal considera como el reflejo en la escritura del modo individual por el que el escritor representa su esencialidad ante la vida circundante; un camino para que el escritor pueda articularse a sí mismo en el mundo histórico coetáneo. Es un tema al que vuelve Marichal reiteradamente en sus publicaciones. Y no elude hablar del estilo propio: “Mi voluntad de estilo —declara— ha sido precisamente la claridad”.

Pero si sus ensayos sobre la literatura española y latinoamericana son de consulta obligatoria para conocer la labor de estos escritores fundamentales de habla hispana, no le van a la zaga los que se refieren al mundo de la historia, del pensamiento o de la política. Fue Marichal indagador pionero de personajes de la historia contemporánea como Manuel Azaña (editó sus *Obras Completas* en 4 volúmenes) y Juan Negrín, de los cuales son deudores todos los posteriores historiadores que se han acercado a estos dos políticos y al estudio del ensayo español contemporáneo. La colección de 1955, *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política* (que mereció el Premio Nacional de las Letras, ya citado) significa una inmersión amplia sobre el liberalismo español de 1812 a 1978, desde un personal realismo optimista y una fe profunda en España: la historia, a su juicio, “no es para los hombres tristes, sino para los que creen en la vida y en el futuro”.



Fue igualmente Marichal un editor esmerado y cuidadoso. Aparte de las obras de Azaña ya citadas, sus ediciones sobre distintos textos del poeta Pedro Salinas muestran aspectos esenciales de aquella personalidad con la que convivió estrechamente.

Durante su dedicación última a la Institución Libre de Enseñanza, Juan Marichal dirigió su *Boletín* (de 1990 a 2010) e impartió numerosas conferencias (ya dijimos que fue conferenciante destacado): cuatro de ellas —las dedicadas a Unamuno, Ortega, Azaña y Juan Negrín, que impartió en su primera intervención pública en España al jubilarse de la Universidad de Harvard— se constituyeron en publicación propia bajo el título general

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

de *El intelectual y la política en España (1898-1936)*, y siguen siendo referencia obligada para especialistas.



Su obra tuvo una notable influencia en la Transición española. Su legado intelectual está depositado en la Institución Libre de Enseñanza y en la Residencia de Estudiantes.

Bibliografía

-Relacionamos aquí solo los libros (en la fecha de su publicación) y algunas de sus ediciones.

La españolización de España. La edad de oro liberal, México, 1952.

La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico, Barcelona, 1957 (1ª ed.)

El nuevo pensamiento político español, México, 1966.

La vocación de Manuel Azaña, Madrid, 1968.

Las cosas en su sitio (sobre la literatura española del siglo XX), con Octavio Paz, México, 1971

Tres voces de Pedro Salinas, Madrid, 1976.

Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970), Madrid. 1978.

El intelectual y la política en España (1898-1936). Cuatro conferencias por Juan Marichal: Unamuno, Ortega, Azaña y Juan Negrín, Madrid, 1990.

El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política, Madrid, 1995.

El designio de Unamuno, Madrid, 2002

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

Ediciones

-De Pedro Salinas:

Poesías completas. Presagios, Seguro azar, Fábula y signo, La voz a ti debida, Razón de amor, El Contemplado, Toso más claro, Confianza. Madrid, Aguilar, 1955.

Confianza: Poemas inéditos (1942-1944), Madrid 1955.

Teatro completo, Madrid, 1957.

Generales o de otros autores

Ensayos de literatura hispánica: del “Cantar de Mío Cid” a García Lorca, Madrid, 1958.

El defensor, Madrid, 1967.

Américo Castro. Semblanzas y estudios españoles, Madrid, 1956.

Manuel Azaña. Obras completas, México 1966-1968 (4 volúmenes).

Sobre Juan Marichal:

Al total de la obra publicada por Juan Marichal, puede accederse digitalmente a través de la web [Juan Marichal.org](http://JuanMarichal.org) que creó y mantiene el Colegio de México y Carlos Marichal Salinas.

Marichal Salinas, C. (2020). *La trayectoria intelectual de Juan Marichal: presentación de la página web de sus obras*. XXIII Coloquio de Historia Canario-Americana (2018),

XXIII- <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/view/>

- Ciplijauskaité, C. Maurer (eds.), *La voluntad del humanismo: homenaje a Juan Marichal*, Barcelona, Anthropos, 1990.

- Juan Marichal en 1980 en el programa de la 2 (TVE), A fondo con Joaquín Soler Serrano: <https://www.rtve.es/play/videos/a-fondo/fondo-juan-marichal/4950858/>

-La trayectoria intelectual de Juan Marichal, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 83-84. 2011 [ECOS DE JUAN MARICHAL \(edaddeplata.org\)](http://ECOSDEJUANMARICHAL.edaddeplata.org)

Textos escogidos.

La necesaria brevedad de estas páginas destinadas, ha exigido una labor de recorte verdaderamente dolorosa. El lector sabrá comprenderlo. Lo textos completos pueden ser leídos en www.juanmarichal.org.

Texto 1-**LA VOLUNTAD DE ESTILO (TEORÍA E HISTORIA DEL ENSAYISMO HISPÁNICO), SEIX BARRAL, 1957**

(...) Es manifiesto, en primer lugar, que el escritor no elige estrictamente su estilo, del mismo modo que ningún ser vivo interviene en su propio nacimiento: "Amigo mío — escribía Jovellanos a Vargas Ponce en 1799— la naturaleza ha dado a cada hombre un estilo, como una fisonomía y un carácter". O sea que el escritor se encuentra en y con un estilo previamente a su decidida conciencia del mismo: digamos, invirtiendo a la española los términos de la famosa fórmula de Buffon que el estilo está en el hombre antes de estar él en su estilo. "El estilo es camino, y es a la vez lo que camina como es un río. No un camino por el que se va, sino un camino que nos lleva", así describía Unamuno en 1924 (recordando probablemente un texto de Fray Luis de León) la función impulsiva de un estilo literario. Pero es también cierto que la formación de una personalidad literaria participa del carácter dramático de toda vida humana: que en ella se da un conjunto significativo de aceptaciones y rechazos ante las posibilidades expresivas y comunicativas de un idioma. O sea que el estilo es simultáneamente "un camino que nos lleva" y un esfuerzo del escritor por encauzarse a sí mismo: de ahí que el concepto y la expresión de "voluntad de estilo" —procedente del término alemán Stilwille— recoja tan apropiadamente las dos condiciones apuntadas. Y quizá no esté de más advertir que "voluntad de estilo" no equivale a "voluntad de lima", a esfuerzo preciosista: puede hallarse así de una "voluntad de estilo" que es una "voluntad de no-forma", como expuso tan magistralmente Amado Alonso en su estudio de un poeta contemporáneo. La "voluntad de estilo" es el agente de una constante auto-imitación, y puede asimilarse finalmente a la función genérica humana que los antropólogos denominan rôle: el

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

escritor quiere acentuar, o atenuar, según los casos, sus propios rasgos fisonómicos para ser "reconocido" por un grupo social coetáneo. Claro que este proceso de vinculación identificadora es más propio del prosista que del poeta: "El prosista —ha escrito Amado Alonso— está en compañía". Es así que en los ensayistas españoles que aquí estudiamos se observa un repetido proceso auto-creador: para ellos son únicamente auto-imitables los rasgos suyos más pertinentes para sus coetáneos. Y corneo cada época ofrece unas contadas posibilidades de auto-enmascaramiento literario, el escritor al auto-imitarse dispone sólo de un corto número de "moldes"; pero si bien su albedrío creador de sí mismo se ha visto limitado a vaciar en éstos las fisonomías literarias concebibles por su tiempo, no es menos cierto que el ensayista español también proyecta y modela su máscara con afán normativo. Una voluntad de estilo se transforma así en una fuerza histórica tan real y tan conformadora de hombres como cualquiera de las más visiblemente operantes. Al dar esta importancia de fuerza operante a las formas estéticas puede parecer que hemos caído en la trampa del "idealismo", por no decir que en la mismísima caverna de Hegel: abordamos, ahora, un problema central en los estudios aquí agrupados, el de la significación histórica de un estilo literario.

El historiador de la literatura debe centrar su atención primordial en la singularidad expresiva del escritor estudiado y debe dejar de lado la determinación de la validez más o menos objetiva de la imagen de la realidad humana presentada por el creador estético. Por el contrario, el historiador de la cultura (englobando en este vocablo toda la actividad propiamente historiográfica) se interesa fundamentalmente en los textos, sean literarios o no, que puedan considerarse como testimonios fieles de una época, y se previene lógicamente contra todo testigo cuyo ángulo visual sea muy marcado. Mas un estilo literario —por haber preservado para siempre la singularísima y consistente ecuación visual de su autor— representa un elemento que el historiador debería esforzarse siempre por apresar: el de una conciencia, ligada a su tiempo y en la cual son audibles los demás hombres coetáneos. "Los individuos más originales, si se les

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

mira bien —escribía Amado Alonso— resultan los más representativos de la vida circundante; no en lo contingente, sino en lo esencial". Y añadía: "No hay estilo individual que no incluya en su constitución misma el hablar común de sus prójimos en el idioma, el curso de las ideas reinantes, la condición histórico-cultural de su pueblo y de su tiempo". El estudio estilístico —siempre guiado por el precepto de adentramiento cognoscitivo expuesto por Baudelaire: *entrer dans la peau de l'être créé*— se convierte así en una fecunda vía de acceso a un mundo histórico. Por eso las investigaciones estilísticas hispánicas de los dos últimos decenios pueden ser tan útiles para los historiadores; a pesar incluso del excesivo formalismo de los investigadores que tienden a descarnar a obras y a autores de su suelo histórico. (...) Gracias a esos trabajos se ha afinado entre nosotros la lectura crítica y es éste un beneficio que hemos de agradecer a los aludidos investigadores, por "formalistas" que sean. ¡Escasean tanto en los países de lengua castellana los lectores atentos! Que los procedimientos de la estilística pueden, y deben, coordinarse con los de la historia de la cultura es, por lo tanto, para nosotros, algo más que una verdad perogrullesca: es el principio que guía más constantemente los trabajos del que esto escribe. No se ignoran, claro está, las dificultades de una tarea semejante: en primer lugar, las biografías de muchos escritores españoles son todavía un amasijo de datos, por no decir de oscuridades. Y, obstáculo más grave aún, la historia social de España —y casi diríamos que la política— está por hacer, por descubrir. Obstáculos y carencias que no deben, sin embargo, desanimar al historiador de la literatura hispánica: porque él mismo, en sus tareas de análisis estilístico, por ejemplo, contribuye a "hacer" esa historia de España todavía informe. Y particularmente, en el caso de los ensayistas, siempre tan "fronteros" entre la historia y la literatura, el captar su latido cordial nos aproxima a la peculiaridad de sus respectivas épocas. Aunque el historiador de la literatura ha de estar en guardia contra la tentación historiográfica en que caen con harta frecuencia los investigadores de la literatura hispánica desde hace

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

medio siglo: la de atribuir a las obras literarias carácter de documentos reveladores de la totalidad vital de mía época.

(...)

FEIJÓO Y SU PAPEL DE DESENGAÑADOR DE LAS ESPAÑAS

Según cuenta su contemporáneo Lanz de Casafonda era Feijóo "venerado por un Oráculo en toda España y en las Indias". El P. Sarmiento habla, refiriéndose al *Teatro crítico*, de "la universal aceptación que tiene esta excelente obra". El número mismo de las ediciones del *Teatro* y de las *Cartas eruditas* atestiguan el extraordinario éxito de los escritos del benedictino. Aún más significativo a este respecto, como ejemplo concreto de la difusión de sus ideas, es el que se hiciera un índice general de su obra, y que luego fuera éste ampliado y transformado en diccionario. En efecto, en 1774, en Madrid, publica José Santos un *Índice General Alfabético De Las Cosas Más Notables Que Contienen las Obras De Feijóo*. Y en 1802, también en Madrid, Antonio Marqués y Espejo publicará el *Diccionario feijoniano*. Y dato todavía más curioso: en tiempos de Carlos III se publicó en Madrid una revista titulada *Feijóo Crítico Moral y Reflexivo de su Teatro, Sobre Errores Comunes*. No hay pues que situar a Feijóo como espléndida figura solitaria que se yergue rebelde en medio de la ignorancia y la indiferencia de sus contemporáneos. Su fama inmediata, el número infinito de sus lectores prueban que tuvo su obra una resonancia sin igual.

Quince años a que estoy continuamente declamando contra la fatua credulidad que reina en el mundo; y pienso que el mundo, a la reserva de pocos individuos, en cuanto a esta parte, se está como se estaba. Todos oyen mis voces y casi todos parece que están sordos a ellas

Estas palabras nos ponen de manifiesto el móvil grandioso de su empresa literaria y los efectos de su acción espiritual. *Todos oyen mis voces*, nos dice, consciente del éxito alcanzado, mas con un tono quejumbroso motivado por su creencia en el poder de la palabra. ¿A qué más puede aspirar un escritor sino a que se le oiga? Y Feijóo fue,

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

efectivamente, oído por todos. No nos dejemos engañar por su postura altanera en lo que respecta al estado cultural de España. La avidez con que se le leyó prueba que se le esperaba, y, pese a su sentimiento de fracaso, produjo su obra un cambio indudable en el clima espiritual del mundo hispánico. Pensemos en la influencia ejercida por Ortega y Gasset en nuestros días y se nos aclarará la supuesta pretensión de Feijóo de haber predicado en el desierto. La postura suya de combatir al *vulgo* tiene, además, significación literaria en sí misma. Aparte de los efectos prácticos de sus prédicas, lo que Feijóo logra es inventarse a sí mismo. Como Guevara, como Montaigne, como *Azorín*, Feijóo crea un personaje literario único, se "crea a sí mismo, Fray Benito, el Desengañador de las Españas. Feijóo hablará de cómo hacer historia, de cómo se debe filosofar, de que se debe cultivar la ciencia experimental, pero no será historiador, ni filósofo, ni hombre de ciencia. Y es que lo esencial en él, literariamente, es el impulso personalizante. No podía limitarse, como hicieron los grandes eruditos españoles de su época, a aspectos parciales del saber humano, puesto que su intento literario le hacía forzoso abarcar el ámbito total de la cultura. (...)

Texto 2-

EL SECRETO DE ESPAÑA. ENSAYOS DE HISTORIA INTELECTUAL Y POLÍTICA. MADRID, TAURUS, 1995.

-XVII. SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DE JUAN NEGRÍN, págs. 214- 229.

Que el doctor Negrín es un desconocido para la generalidad de los españoles es una patente perogrullada. Debo añadir que el mismo doctor Negrín contribuyó muy deliberadamente a velar las huellas de su acción histórica: ni siquiera en la lápida de su tumba parisina figura su nombre. Y en ese afán de anonimato, de desdén por los signos de pervivencia histórica que tanto buscan otros hombres —literatos y políticos, por ejemplo— veo en el doctor Negrín una de las más admirables características del hombre de ciencia: la entrega impersonal a la búsqueda de la verdad sin ulteriores finalidades

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

publicitarias. Pero en el ocultamiento aludido del doctor Negrín hay factores no exclusivamente atribuibles a su condición de hombre de ciencia.

Nacido el 13 de febrero de 1892 en Las Palmas de Gran Canaria, Juan Negrín pertenecía a la oligarquía comercial de las islas; pero, en contraste con las actitudes frecuentemente anticlericales de algunas de las familias principales de esa oligarquía, la familia de Juan Negrín era acentuadamente religiosa; su único hermano profesó en una orden religiosa docente y su madre vivió sus últimos años en Lourdes por su especial devoción a la imagen allí venerada. Como era también frecuente en las familias de la oligarquía comercial isleña, Juan Negrín —tras completar precozmente el bachillerato— marchó a Europa para iniciar una carrera universitaria; se matriculó en la Facultad de Medicina de Kiel, trasladándose luego a la más importante de Leipzig, donde obtuvo el grado de doctor el 3 de agosto de 1912. En los años siguientes hizo trabajos de investigación y ejerció funciones docentes en el Instituto de Fisiología de Leipzig. (...) Por su formación universitaria era, por tanto, Juan Negrín uno de los jóvenes españoles de la generación de 1914 más enteramente *europizados*, más normalmente europeos. (...) Para el doctor Negrín el Partido Socialista era, entonces, en primer lugar "el único partido realmente republicano que existe en España". Esta afirmación suya fue pronunciada en una conferencia que dio el 1 de diciembre de 1929 en la Casa del Pueblo madrileña sobre el tema "La ciencia y el socialismo". Tema apenas esbozado por el doctor Negrín, en contraste con la reiteración de su republicanismo: "Fui republicano —declaraba— desde que tuve sensibilidad política". Y añadía: "Esta fue una razón decisiva para mí", refiriéndose a su ingreso en el Partido Socialista. Todos sabemos que en 1929 los intelectuales españoles más destacados eran abiertamente republicanos, pues consideraban el gobierno del general Primo de Rivera como un anacronismo que separaba a España del resto de Europa. Y, como ya señalamos, el Partido Socialista aparecía como el partido "europeísta"... (...)

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

Su dominio de los idiomas principales de Europa hizo que se le designara para representar a la nación española en dos organismos internacionales: la Oficina Internacional del Trabajo, sección de la Sociedad de las Naciones en Ginebra, y la Unión Interparlamentaria Europea, con sedes variables, en las cuales encabezaba la delegación de su país. Todas estas actividades, derivadas de su cargo parlamentario, obligaron al doctor Negrín a abandonar prácticamente la investigación científica y la docencia universitaria; en 1934 le fue concedida la excedencia de su cátedra, aunque continuó dedicado a las tareas constructoras de la Ciudad Universitaria madrileña. No puede, pues, hablarse de una paralela actividad científica-política en Negrín, desde comienzos de la II República. En su trabajo parlamentario —era el doctor Negrín uno de los pocos diputados que estudiaban cuidadosamente el presupuesto nacional— esto y su información internacional hacían de él, antes de 1936, uno de los contados hombres públicos españoles que estaban verdaderamente preparados para comprender las complejísimas realidades europeas de aquellos años. (...)

Retrasemos ahora la cronología de nuestro relato y acudamos al ensayo de Ortega *Mirabeau o el político*, que me parece particularmente útil al considerar la personalidad histórica de Juan Negrín. Y hasta me pregunto si don Juan no habrá recordado ese ensayo que seguramente leyó en la fecha de su publicación, 1927. Dejemos de lado algo, que no por sorprendente, es significativo para nuestro propósito: la alusión que hace Ortega a la "espléndida fisiología" de los grandes políticos, en contraste con la naturaleza más bien enfermiza de los intelectuales. Pero, como diría mi maestro Américo Castro, la leyenda fisiológica del doctor Negrín no es materia verdaderamente *historiable*. El fragmento del ensayo de Ortega sobre Mirabeau, que me parece adecuado a nuestro propósito, es el siguiente: "El intelectual no siente la necesidad de la acción. Al contrario: siente la acción como perturbación que conviene eludir, y sólo, cuando es forzosa, a regañadientes y de mala manera, ejecutar". Sin posible duda, un intelectual-científico no se vería descrito en el texto orteguiano. Pero para el tipo de científico que era Juan

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

Negrín, la acción era parte diaria de su actividad profesional: eludirla sería tan inconcebible como dejar cerrado el laboratorio. De ahí que pueda sugerirse que el hombre de ciencia es, potencialmente, un intelectual más preparado para las tareas del gobierno que el humanista. Mas es también patente que el científico riguroso —el hombre de ciencia entregado totalmente a su tarea investigadora— no está preparado para la complejísima labor del estadista: basta cotejar la historia de la ciencia y la de la política en los países que han descollado en la historia universal de los dos últimos siglos para concluir que escasísimos estadistas han procedido de las carreras científicas. La política, en verdad, es incluso vista como la gran enemiga psicológica, por así decir, de la investigación científica: recordemos los sabios consejos que da don Santiago Ramón y Cajal en sus *Reglas y consejos para la investigación científica*. El aislamiento es indispensable para el científico: mientras que la tarea del gobernante obliga a la relación social casi constante. ¿Cómo puede, pues, decirse que un hombre de ciencia está más preparado que un hombre de letras para la acción política? Dejando de lado las decisivas singularidades personales propongo al lector una hipótesis "plausible" (como diría Gracián): hay en ciertos países y en ciertas condiciones históricas hombres de ciencia que no se enclaustran en su actividad científica, que no son, estrictamente, creadores científicos, y que por su actividad docente hacen avanzar considerablemente su disciplina. (...) pero tal es el caso del doctor Negrín, hombre de ciencia en una España — la de 1922-1931— en que la actividad científica empezaba a acercarse al nivel transpirenaico. (...)

Resumamos muy brevemente la ponencia que el Dr. Negrín presentó en un congreso de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias: "Ciencia y gobierno" fue el tema de esa ponencia. Es, quizá, uno de los textos más reveladores del doctor Negrín; fue escrito probablemente en inglés por él mismo, en contraste con algunos de sus discursos de 1937 y 1938 que fueron sólo parcialmente de su mano. Y, como siempre sucede, en el estilo se transparenta la persona entera, el hombre verdadero. Indica el doctor Negrín

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

que su ponencia era el resultado de una experiencia personal ya que él se había visto obligado por las circunstancias españolas a participar en la vida política del país y a ejercer funciones de gobernante que él no había buscado. Señala, en primer lugar, que los métodos y los objetivos de la ciencia y del gobierno son muy diferentes; pero no cree, como Ortega, que sean mutuamente excluyentes. La naturaleza humana es un conglomerado de fuerzas antagónicas y la ciencia facilita al estadista la comprensión y la atenuación de esas antinomias en los hombres y en la sociedad. Por otra parte, añade el doctor Negrín, todo gran estadista tiende a padecer una deformación profesional: si es de ánimo resolutivo puede desdeñar la cautela y la moderación. Los hábitos mentales de la investigación científica, mantiene el doctor Negrín, permiten al estadista conciliar esas opuestas virtudes profesionales. Y, sobre todo, el hombre de ciencia da al gobernante un indispensable contrapeso: la duda. Señala él doctor Negrín que la característica principal del estadista es la fe en sí mismo, o más precisamente la fe en la utilidad de la propia tarea. Pero esa fe, sin una fuerte dosis de duda, llevaría al estadista a un ciego y dañino dogmatismo. Finalmente, el hombre de ciencia es naturalmente tolerante y el hombre de Estado necesita tanto la tolerancia como la firmeza. (...)

Quisiera ahora hacer un breve inciso y apuntar de nuevo a ciertas características del hombre de ciencia español que era el doctor Negrín. No sé si en el momento de fijar su vocación, en sus tempranos años de Alemania, actuó en él el libro de Cajal *Reglas y consejos para la investigación científica*. En ese libro (que tanta importancia ha tenido en la historia intelectual española del siglo XX) se acentúa notablemente la importancia de la que Cajal llama "los tónicos de la voluntad". Cajal dice, en pocas palabras, que el hacer ciencia los españoles depende de la voluntad, de cada voluntad individual. Y me pregunto si no actuaba en Negrín el mismo convencimiento, si no daba la misma importancia a la voluntad y tanto o más en los asuntos políticos que en la ciencia. ...(...) En breve, esas cartas (y otros documentos) mostrarán en su día que al doctor Negrín no puede achacársele el ser un seguidor mecánico de la política soviética, como

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

desgraciadamente siguen afirmando algunos dizque historiadores de la guerra española de 1936-1939. Y creo no ser arbitrario si afirmo ahora, para concluir, que en pocos hombres de la historia europea del último siglo y medio se ha dado —como en el doctor Negrín— una fusión semejante de inteligencia y carácter, de entereza moral y capacidad intelectual. Fusión que —dejando de lado lo específico personal— fue también posible porque en la España de 1926-1936 se dio una coincidencia casi astrológica de cabezas inteligentes y de cabezas valientes. O volviendo al principio de estas consideraciones: la guerra española de 1936-1939 es tema permanente para el historiador del siglo XX, porque la España de la década 1926-1936 había alcanzado el nivel más alto —y más universal— de toda su historia desde el llamado Siglo de Oro. Altura y universalidad en las cuales desempeñó un papel fundamental el pensamiento científico.

Texto 3-.

Lección de clausura del IV Congreso Internacional de Estudios

Galdosianos. Actas de IV Congreso de Estudios Galdosianos (1990), II,

Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, págs. 643-647.

Mi propósito es, por el contrario, apuntar en que medida Galdós puede ser visto como un paradigma humano por el canario de hoy, de esta hora, y también del mañana insular.

Por supuesto, los lectores canarios que quisieran hacer de Galdós un predicador de nacionalismo o siquiera de regionalismo, se sentirían inmediatamente defraudados. No es Galdós un José Martí, el héroe cubano, ni tampoco lo que significa para Cantabria su íntimo amigo Pereda, o lo que representa para el pueblo galaico su admirada, en más de un sentido, Doña Emilia Pardo Bazán. En suma, Galdós evitó cuidadosamente, y no era fácil lograrlo en la España de su tiempo, caer en lo que podríamos llamar intención regionalista. Que yo sepa, apenas hay páginas de Galdós sobre estas islas y las que pueda haber me atrevo a calificar de inconsecuentes, porque es manifiesto que Galdós aspiró,

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

sobre todo, a ser un fabulador universal. Y no hay ninguna duda de que lo consiguió, como atestiguan lo Congresos Galdosista celebrados aquí y en otros lugares de la geografía hispanista del Planeta. Es más, si la España del Siglo XIX como potencia europea, hubiera tenido las fuerzas de la época de Cervantes, Galdós habría sido reconocido más allá del Pirineo como lo que es en verdad: El otro Gran Maestro de la ficción española, aunque puede decirse sin exageración ni arbitrariedad que, poco a poco, Galdós va ganando terreno, va ganando lectores fuera de las fronteras lingüísticas del castellano.

Más ¿qué encuentra en Galdós, hoy, un novicio lector canario que le lea atraído sobre todo por el afán de enriquecer su propia conciencia, algo difusa aún, de su condición insular? Todos sabemos que no podría ser una especie de autorretrato ya que Galdós, como Cervantes, apenas se revela en sus novelas. Es más: no sería arriesgado mantener que quizás no haya habido en la época moderna de la literatura castellana un caso comparable al suyo en cuanto a la carencia completa de narcisismo ni cosa que se asemeje. Un maravilloso escritor francés, Alain Fournier, desaparecido misteriosamente en la Primera Guerra Mundial, daba el siguiente móvil de la creación fabuladora: "Se faire i'âme des autres"; hacerse el alma de los demás. Y ¿no sería esta la definición también de la motivación creativa galdosiana? En suma, la lectura de Galdós para cualquier lector del mundo entero nos saca de nuestras casillas egoístas y nos pone en el lugar de los demás. He ahí lo que ante todo realiza magistralmente Galdós: SER los demás, Ver la vida y el mundo desde el otro.

Esa capacidad fabuladora, despersonalizante en cuanto al autor, mucho me temo que brille por su ausencia no sólo en los jóvenes narradores actuales de las Islas, sino asimismo en los de la Península. Aún más, el egotismo egoísta es quizás el rasgo más tristemente destructor de la llamada civilización occidental en estos días. (...). La lectura de Galdós, me aventuro a sugerir, podría ser, amén de divertida, un ejercicio de visualidad solidaria en una sociedad crecientemente fragmentada. por no decir

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

deshumanizada. Algunos de ustedes me objetaría de inmediato diciendo que estoy predicando a convencidos, pero que muy otra sería la reacción de profesores que hayan intentado persuadir a sus alumnos de Bachillerato del mérito literario de Don Benito y del placer de leerle. ¡Menudo rollo!, dirían probablemente los no tan hipotéticos alumnos isleños. Aduciré ahora el testimonio de un lector de los *Episodios Nacionales* muy contrario a lo que acabamos de apuntar. Hace algunos años, en una de mis frecuentes visitas a Méjico y a la casa de Octavio Paz, observé un cambio en la biblioteca del gran escritor mejicano. En un lugar prominente ahora se hallaba una librería idéntica a algunas españolas del siglo pasado que yo había visto en casa de parientes con los *Episodios Nacionales* en una preciosa edición ilustrada y encuadernada en pasta roja y gualda. Al manifestar a Octavio Paz a la vez alegría y sorpresa al ver allí los *Episodios*, me relató que al morir su madre, se había traído íntegra la biblioteca de su abuelo Don Ireneo Paz; un destacado general liberal en tiempos de Juárez, autor de muy interesantes novelas históricas y de unos versos muy malos.

Y en aquella biblioteca, el niño Paz había leído todos los *Episodios Nacionales*, [lectura que] debe ser obligación en todas las islas de esta Comunidad Autónoma. (...). Quisiera subrayar que con la lectura de los *Episodios Nacionales* aprenderían los escolares canarios a respetar la Historia Patria del siglo XIX, tal como la veía Galdós. O sea, el adelanto continuo de la civilización liberal en España toda. (...) Porque la historia española del siglo XIX muestra el esfuerzo hecho por muchas personas de buena voluntad y de fe en el destino histórico de su nación en la construcción de un estado moderno fundado en los principios de la Revolución Francesa que hoy llamaríamos Derechos Humanos. Hubo muchos obstáculos, aparte de los llamados tradicionales. Se vertió inútilmente mucha sangre hermana, actuaron también los signos incoercibles que se encuentran en todos los países. Pero los españoles pudieron mirar hacia atrás en 1900 y decirse que mucho se había logrado en el adelanto de la civilización en España. Este sentimiento de satisfacción medida lo tenía Galdós contemplando la propia obra que

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS

había sido, en verdad, un agente civilizador de su Patria. Y en nuestros días cuando abundan los detractores de la vida colectiva española, es verdaderamente imperativo que la juventud española sienta en las páginas de Galdós un incentivo a continuar la historia de su nación. (...)

Quisiera volver ahora a la cuestión inicial de mis palabras sobre un retorno efectivo, aquí y en la Península, a la lectura de Galdós y en particular a los *Episodios Nacionales*. (...) Del mismo modo yo diría que la lectura de Galdós enseña el amor a la libertad que tanto costó a los liberales españoles del siglo XIX. Valle Inclán trata con su pluma esperpéntica algunos episodios de los narrados por Galdós, pero de su lectura no se puede decir que enseñan el amor a la libertad. En suma, la furia ética, tan española, de Quevedo y de Valle Inclán, revelan fielmente lo que fueron sus penurias y algunas claves de sus épocas respectivas, pero no constituyen documentos históricos fidedignos.

Galdós no pretendía, por otra parte, ser historiador profesional y su erudición era a veces escasa, pero intuía, con pasión también muy española el sentido de la historia del siglo XIX, el progreso creciente de la España liberal. Galdós enseñaba ayer, enseña todavía, a amar la libertad. Más hay en Galdós una actitud humana que constituye también lo más profundo de su arte novelesco, muy particularmente para nuestros días; muy urgente. Me refiero al sentimiento de compasión profunda que hay en Galdós para todos, absolutamente todos los seres humanos. Y ese sentimiento es el que hace de Galdós el autor español más cervantino de los dos últimos siglos. Creo que en nuestro tiempo es particularmente necesaria la compasión comprensiva que muestra Galdós en toda su obra de ficción. Y no sería arbitrario ver en su actitud una cierta raíz canaria y un complemento del sentimiento de tolerancia propio de la población de estas islas en materias ideológicas y religiosas. (...)

